

## Iglesia: perspectiva 1980

**E**l catolicismo está hecho de paradojas. Lo mismo en el aspecto intelectual que en el práctico. Pero en 1979, estas paradojas se han descoyuntado, y —en bastantes casos— han llevado al desencanto y al apartamiento de la actividad católica.

El protestantismo, a su vez, en España está en un punto muerto. Nunca se recuperó del paso de la dictadura a la democracia, y de la situación de penuria en que estaba a la distendida de libertad religiosa. Le ha sido difícil adaptarse a la nueva situación. El empuje que demostró durante las dificultades que tenía que sortear en los cuarenta años de Franco lo ha perdido en gran parte, porque no es fácil al cristianismo en España recuperar posiciones, ante una sociedad que se ha desinteresado crecientemente del problema religioso durante estos últimos años.

La Iglesia está en baja en todo el mundo, el hombre de cara al siglo XXI se encuentra demasiado atado por los formalismos de las grandes instituciones eclesásticas. En cambio, se produce un alza de aquellos movimientos religiosos sin organización exterior, como es el Islam. Mahoma —según observan los especialistas en Historia de las religiones, como Desroches— no fundó una Iglesia estructurada con una jerarquía sacerdotal, se limitó a dar un fuerte impulso vital y centrar la fuente de energía en un libro de profundo carácter oriental: el Corán. Y hoy es manifiesto el éxito entre la juventud de los países árabes, o simplemente en los de tradición musulmana, como Pakistán y Bangla Desh.

Yo pienso —como el inconformista abbe Loisy— que Cristo predicó el Reino de Dios, y años después de su muerte lo que apareció fue una Iglesia en orden de batalla, a semejanza del poderoso Imperio romano. Los católicos hemos heredado desgraciadamente en estos últimos siglos más la gran institución de poder que la movible vitalidad de Evangelio, cuya culminación más negativa ha sido el integrismo católico francés o el nacional-catolicismo español.

Pero todo esto está pasando. Juan XXIII fue el fautor del cambio, que se ha producido con fuertes altibajos y grandes crisis, porque la Curia romana difícilmente ha querido dejar de tener su gran poder de influencia y de dominio, como vemos en estos recientes meses de persecución inquisitorial a conocidos teólogos católicos, y de estrechamiento de los criterios oficiales en documentos y discursos sobre el divorcio, la libertad o la enseñanza, desde los años finales de Pablo VI hasta hoy.

La llegada de Juan Pablo II ha supuesto que tenemos no un Papa polaco, sino un



Juan Pablo II.

polaco que es el Papa, y que transmite —por eso— su experiencia personal en la problemática de Polonia al gobierno de la Iglesia, y lo está haciendo sin ninguna matización. Yo mismo saludé equivocadamente, aunque sólo con una moderada esperanza, la llegada de este Papa vital que parecía poseer una mentalidad no latina. Pero el "fiasco" que hemos sufrido los católicos ha sido grande. Casi ninguna de las esperanzas que tuvimos se ha cumplido. Y si bien es verdad que su fracaso no es todavía demasiado visible para el pueblo católico en general, algunos organismos vaticanos están ya preocupados del parón que Wojtyła ha dado al mecanismo eclesiástico: antes funcionaba mal, pero ahora la verdad es que no funciona. Su triunfalismo, manifestado en públicas actitudes, palabras y viajes, empieza a cansar a muchos. Y con motivo del viaje a Turquía, la gente comienza a preguntarse: ¿para qué tanto movimiento puramente exterior y tanta centralización en el gobierno eclesiástico?

Los principales superiores generales de órdenes religiosos, con el padre Arrupe a la cabeza, han tenido una larga cóna con el Papa, que apenas ha sido comentada. Pero su importancia ha sido grande: los responsables del más extenso ejército eclesiástico

le han hablado claro, y han manifestado al Papa su inquietud por el rumbo, tan poco adecuado para resolver los problemas reales del mundo religioso actual, que está imprimiendo a la Iglesia. Sin duda, una conversación tan sincera y tan decisiva, por los interlocutores que ha tenido el máximo dirigente de la Iglesia católica, ha de tener consecuencias positivas para el futuro.

Paralelamente a esta desviación del camino emprendido por Juan XXIII, se notan síntomas más esperanzadores entre los católicos, después de la crisis de adaptación producida por el Concilio Vaticano II. El desgarramiento con que se tomó el cambio está sedimentado, y la novatada que experimentaron los católicos progresistas está centrándose positivamente. Hay grupos de creyentes que forman comunidades de base llenas de espíritu cristiano; la oración —casi abandonada después del Concilio— está resurgiendo bajo nuevos moldes más vitales; el papantismo social bienintencionado, por el cual parecía que teníamos que ser más marxistas que nadie, se está poniendo en su debido lugar; y además vamos poco a poco intentando una identidad religiosa más clara, lo mismo en las órdenes religiosas que en el clero, así como entre los seglares. De la libertad entendida como disgregación estamos pasando a una libertad respetuosa de la verdad conocida por cada uno, como pedía el Evangelio; y se pide con firmeza que terminen los castigos y condenaciones de la Santa Sede, y quede toda la acción directa principalmente en un magisterio educador más que en ser el Papa un domine parecido a un director de prisiones, como ocurría en el siglo XIX y ocurrió también en parte del XX.

Todo esto es un signo de esperanza, aunque sea modesto. Yo creo que el triunfalismo católico ha terminado para siempre. La cristiandad ya no puede volver a existir; los católicos serán desde ahora en adelante unos convencidos que quieren convivir con todos los hombres, y no unos ciegos herederos de una historia que se identifica con la absoluta posesión de todas las verdades.

El negro año 1980, que cierra casi completamente sus perspectivas humanas en España, porque no vemos que el Gobierno esté capacitado para encauzar el país, tiene, sin embargo, un resquecillo religioso por el cual apreciamos en lontananza una luz, aunque sea débil. ¿Será ésta una tímida aurora? Yo creo que sí, pero nunca puede volver a ser una aurora triunfalista y masiva, porque el cristianismo es un fermento más que una prédica que arrastre ciega y masivamente a las masas como si fueran un ejército enfervorizado. ■